

- GRACIA, Jordi, «L'heterodòxia del moralista o la novel·la de Pla a l'Espanya feixista», en A. Aguiló y X. Pla (eds.), *La poètica de la banalitat. Actes de la jornada d'estudi Cinquanta anys d'El carrer Estret*, Girona, Universitat de Girona, 2003, págs. 45-54.
- LINDE, Luis M., «Pla, Cataluña y España o el guardián de las ruinas», *Revista de Libros*, núms. 79-80 (julio-agosto de 2003), págs. 13-19.
- OLIVER, María Paz, «Lo que pasa cuando no pasa nada: cotidianidad, digresión y viaje en *Omnibus* de Elvio Gandolfo», *Confluencia*, vol. 29, núm. 2, 2014, págs. 106-115.
- PÁNIKER, Salvador, *Conversaciones en Cataluña*, Barcelona, Editorial Kairós, 1966.
- PLA, Xavier, *Josep Pla. Ficció autobiogràfica i veritat literària*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.
- «Producción de presencia y representaciones de la vida cotidiana en *El carrer Estret* de Josep Pla», en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, núm. 19, 2015, págs. 217-230.
- QUINTANA TRIAS, Lluís, «El Viaje en autobús de José(p) Pla: ¿una incorporación al canon?», en *Revista Hispánica Moderna* (núms. 1-2, junio-diciembre de 2006), págs. 119-140.
- RIDRUEJO, Dionisio, *Materiales para una biografía* (selección y prólogo de Jordi Gracia), Madrid, Fundación Santander Central Hispano, Obra Fundamental, 2005.
- SANZ VILLANUEVA, Santos, «Pla o el inventario de una época», en José Pla, *Viaje en autobús*, Madrid, Fundación Wellington, 2003, págs. 17-53.
- TASIS, Rafael, «Els instructius viatges del senyor Pla», *Germanor* (noviembre de 1946), págs. 16-24.
- «Situació de Josep Pla», *Pont Blau* (diciembre de 1958), págs. 394-398.
- UTRILLO VIDAL, Miguel, «Notas y recuerdos sobre el escritor José Pla», *El Eco de Sitges* (20 de diciembre de 1942).
- VERGÉS, Josep (ed.), *Imatge Josep Pla. Epistolari Josep Pla i Josep Vergés. Obra Completa*, vol. 45, Barcelona, Ediciones Destino, 1984.
- VILANOVA, Francesc, *Franquisme i cultura. «Destino. Política de unidat». La lluita per l'hegemonia intel·lectual a la postguerra catalana (1939-1949)*, Palma de Mallorca, Leonard Muntaner, 2018.
- VILLARAZO, Bernardo, «El segundo viaje de José Pla», *El Alcázar* (23 de julio de 1943).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- BAJTÍN, Mijaíl, *Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela*, Madrid, Taurus, 1989.
- BALLART, Pere, *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Sirmio-Quaderns Crema, 1994.
- BERSANI, Leo, *The Culture of Redemption*, Harvard University Press, 1990.
- CROUZET, Michel, «Le voyage stendhalien ou la rhétorique du naturel», *Le journal de voyage et Stendhal*, París, Slatkine, 1986, págs. 147-180.
- DIDIER, Béatrice, «Journal et autobiographie dans les *Mémoires d'un touriste*», *Relire les «Mémoires d'un touriste»*, Grenoble, Université Stendhal, 1988, págs. 85-95.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich, *Production of presence. What meaning cannot convey*, Palo Alto, Stanford University Press, 2004.
- *After 1945. Latency as origin of the present*, Palo Alto, Stanford University Press, 2013.
- MAGRIS, Claudio, *El infinito viajar*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- MAINER, José Carlos, «Por ejemplo, 1944. Un año de literatura», en *Tramas, libros, nombres*, Barcelona, Anagrama, 2005, págs. 19-43.
- RIVERA GARCÍA, Antonio, «Koselleck y los márgenes estéticos de la historia: anacronismo, memoria y latencia», *Revista de historiografía*, núm. 34, 2020, págs. 183-208.
- SOLNIT, Rebecca, *Wanderlust: A history of walking*, Londres, Penguin Books, 2001.
- VILLACAÑAS, José Luis, «Latencia. La elaboración de la experiencia originaria», *Diánoia*, vol. LXI, núm. 76, 2016.

Viaje en autobús

Cuatro palabras

En el curso de mi vida literaria, he escrito varios libros de viaje. Uno de ellos, *Cartes de lluny*¹, que se publicó hace poco más de quince años, recibió, por parte del público, una acogida bastante cordial.

Hasta ahora he tenido la desgracia de no poder presentar a mis lectores un libro sobre algún país remoto, exótico y extraordinario. En mis libros, no hay mosquitos, ni leones, ni chacales, ni objeto alguno sorprendente o raro. Confieso sentir, por otra parte, poca afición por el exotismo. Mi heroísmo y bravura son escasos. Me gustan los países civilizados. Desde el punto de vista de la sensibilidad, me daría por satisfecho plenamente si pudiera llegar a ser un hombre europeo. He sido siempre aficionado a la *matelote* de anguilas, a la becada en canapé y a la perdiz mediterránea.

Antiguamente, el viajar era un privilegio de los grandes. Solía ser la coronación normal de los estudios de un hombre. En nuestra época, se generalizó y abarató de tal manera que un hombre como yo ha podido vivir durante veinte años en casi todos los países de Europa por cuatro cuartos. Pero esto también se ha terminado. Por el momento, no viajan más que los propagandistas y los diplomáticos.

¹ Se trata del libro *Cartes de lluny* (Barcelona, Edicions de La Nova Revista, «Col·lecció de contes i novel·les», 1928, 240 págs.), testimonio de sus viajes por Francia, Europa Central y países nórdicos.

Viajaba, ciertamente, mucha gente, pero quizá el número de personas que se desplazaban para formar su inteligencia y enriquecer su sensibilidad ha sido menor en nuestra época que un siglo o dos atrás. En nuestro país, había tres pretextos esenciales para pasar la frontera: la peregrinación a Lourdes, la luna de miel y los negocios. ¡Cuánta gente ha ido a Lourdes en los últimos decenios! Se iba allí a ver el milagro, a cantar el *Ave*, a pedir a la Virgen que intercediera por nuestros pobres cuerpos y almas.

La luna de miel era otro de los grandes pretextos para hacer un largo viaje. A mi entender, sin embargo, la luna de miel es una mala época para contemplar el mundo externo con agudeza y claridad. Es cosa muy ardua ejecutar dos cosas importantes a la vez. Para salir de casa, es esta, quizá, la peor época de la vida. Si los recién casados hubieran tenido una ligera idea de su economía, nos hubiéramos ahorrado los espectáculos que todos hemos visto en la estación de Francia: verlos llegar fatigados, descompuestos, deshechos, pidiendo mentalmente a gritos las zapatillas, maldiciendo Europa y sus museos, sus monumentos y su cocina detestable. No. No es buena época la luna de miel para hacer casi nada. Lo mejor, en estos casos, es salir a tomar un rato el sol por la Diagonal o el paseo de Gracia.

Y el tercer pretexto, los negocios, era como los anteriores. Uno viaja, generalmente, para ver las llamadas cosas inútiles del mundo —que son las únicas importantes— y los negocios no dejan tiempo para nada.

Lo esencial para aprovechar un viaje es tomarlo como finalidad misma. Andar por el mundo un poco al azar es muy agradable. Viajar sin tener un objeto concreto es una auténtica maravilla. Yo siento que podría curarme de todos mis vicios y de todas mis virtudes, caso de que tenga alguna; lo que no podré dejar jamás es mi recalcitrante vagabundaje.

Hay que viajar para descubrir con los propios ojos que el mundo es muy pequeño, y por tanto, que es absolutamente necesario hacer un esfuerzo para dignificar la visión has-

ta llegar a ver las cosas en grande. Hay que viajar para darse cuenta de que una pasión, una idea, un hombre, solo son importantes si resisten una proyección a través del tiempo y del espacio. No hay nada como alejarse un poco para curarse de la psicosis de la proximidad, de la deformación de la proximidad, de la que todos estamos atacados. Hay que viajar para aprender —a pesar de todo— a conservar, a perfeccionar, a tolerar.

Es en este sentido, creo, que los antiguos aconsejaban el desplazamiento. Creían que era un buen método para aprender a prescindir de pequeñeces, de difusos detalles, de torcidos cubileteos tribales, de grandiosidades escenográficas y falsas.

La pieza de caza del viajar es la aventura. La aventura es la flor, el perfume del azar y de la diversidad. A veces, es una puerta que se abre ante un mundo insospechado, sobre un mundo que se sabe dónde empieza y no se sabe dónde acaba.

En fin, ya que no se puede viajar como antes, hay que viajar de todos modos. Aquí está el fruto de mis recientes, insignificantes vagabundajes. Viajando en autobús, el vuelo es gallináceo².

La finalidad de este libro es triple: primero, aspiro, como todos los autores de libros, el ganar con él algún dinerillo para ir tirando.

Segundo: en el momento de escribirlo he tratado de contrastar hasta qué punto puedo llegar, manejando esta lengua, a la desnudez estilística, a la simplificación máxima de la manera literaria. No tengo ningún inconveniente en confesar que el considerable esfuerzo que he debido hacer —lo digo para que a nadie se le ocurra agradecerme— no ha sido logrado.

² Esta frase fue recogida y popularizada por Camilo José Cela como epígrafe del capítulo décimo de su *Viaje a la Alcarria* (1948).

Finalmente, espero —y esto es cosa mía— que este libro será leído dentro de cien años cuando algún curioso —y espero, gustoso— erudito trate de resucitar la vida que estamos arrastrando, el temporal que estamos capeando.

Esta tercera finalidad es importantísima. La segunda, también. Y la primera, no digamos.

J. P.
Mas Pla, 1941-1942

A la tercera edición

Viene la tercera edición de ese libro considerablemente ampliada, lo que será del gusto, espero, de las personas que han conservado una fidelidad a sus páginas.

Ante ese «viaje» algunos críticos afirmaron, a modo de exégesis, que su autor pretendió escribir un documental de la época, dar una imagen de los años que estamos pasando. Esa, en efecto, fue la pretensión y la justificación —quizá hipotética— de su tiraje. En la presente edición, esa característica está todavía, creo yo, más acusada.

J. P.

EMPRENDEMOS LA MARCHA

Uno, pues, de tarde en tarde, viaja por el país. Provisto del correspondiente billete y del indispensable salvoconducto —pagando, San Pedro canta³—, uno se lanza al proceloso negocio de los autobuses y de los trenes. Uno discurre cuarenta, cincuenta o más kilómetros en un coche accionado por gasolina, decorado a la manera con que solían estarlo las casas de poca formalidad en mi época de estudiante. Algunos tienen una decoración vagamente cubista sobre un fondo de color de chocolate. Otros, de un color más claro, presentan unas flores de fogosa inventiva y trazado caprichoso. ¿Qué son estas flores? ¿Nenúfares? ¿Miosotis? ¿Orquídeas?

—Mira, Raquelita, mira los nenúfares del techo... ¡Qué monos! —oí decir un día a uno de esos maridos, poéticos y flácidos, que andan por el mundo transportando los bultos de su esposa.

Raquelita —una señora metida en carnes, de amplia mirada negra e impresionante pantorrilla— le dio al marido una furibunda ojeada de soslayo subrayada con un invisible pellizco, colocó sobre sus rodillas un saco de viaje que pesaba como un plomo y masculló entre dientes:

—¡Cállate! Para nenúfares estamos...

En el momento de tomar el autobús, se nos quiere dar la impresión de que viajaremos como si estuviéramos en casa

³ Traducción literal del dicho popular catalán «*Pagant, sant Pere canta*».

—o, mejor dicho, en una casa bonita y rutilante como una peluquería: papeles pintados, iluminación indirecta, muebles tubulares. Todo tan aerodinámico. La intención es de apreciar; pero, francamente, no me siento capaz de agradecerla a nadie. Todo el material, por otra parte, está un poco ajado. Veo dos cristales rotos; otro se ha encasquillado y no sube ni baja, las Revoluciones ajan las cosas. En España, hoy, hasta los árboles parecen sobados y manoseados.

Después del asalto de rigor, logramos tomar un asiento. El derecho de poner las asentaderas en estos tremendos, ruidosos vehículos, está sometido al azar más rigurosamente pascaliano. Digo pascaliano, porque Pascal inventó el cálculo de probabilidades y la ruleta. Este azar le proporciona a uno las contradicciones más extraordinarias.

—Qué flaco está usted, señor Pla —le dice a uno, a veces, el vecino de al lado—. ¿Sabe que está usted muy flaco? Allá por el año 1935 estaba usted mucho mejor, más gordo, más lleno. ¿Qué le pasa?

Otras veces le dice a uno el compañero de viaje:

—Pero, señor Pla, ¡qué gordo está usted! Está usted bien de kilos. ¿Qué le sucede? La última vez que le vi, allá por 1935, estaba usted muy flaco, estaba usted en los huesos. Va usted a perder la línea.

Esta es la primera lección de los autobuses: la relatividad de todo. Para unos, el infrascrito está flaco. Para otros, está gordo. Estas variaciones se producen a veces en una diferencia de horas. Hay razón para quedar perplejo. Uno piensa en las palabras del viejo Heráclito: la naturaleza tiende a ocultarse a los ojos de los hombres⁴. En este mundo, todo se suele ver a través del pie forzado de lo que a uno le falta. El que es gordo y quisiera ser flaco busca cómplices de su propia gordura. El que es flaco y quisiera estar gordo

⁴ A Pla le gustaba repetir a menudo el conocido aforismo paradójico de Heráclito de Éfeso, que cita literalmente: «*Physis khryptesthai philéi*» (fragmento 123).

tiende a ver a sus semejantes en un proceso de acentuada delgadez.

Y uno, en definitiva, no está ni flaco ni gordo, ni delgado ni repleto, sino que es simplemente un individuo que va paseando por el mundo, mejor o peor, sus prejuicios y envejeciendo en medio de pequeñas y grandes catástrofes.

El autobús llega a un pueblo. Es domingo por la tarde. Hay la luz dominical en el aire: anaranjada y un poco triste. El cielo, muy alto y despejado, es de un color verde vítreo, verde vacío. Hay un grupo de payeses vestidos de negro delante de la taberna, con las manos en los bolsillos, encorvados por el frío. Sube un grupo de muchachos. Van, al parecer, a bailar al pueblo de al lado. Cuando el autobús llega a este pueblo bajan los muchachos y suben otros que a su vez van a bailar al pueblo inmediato. En este último pueblo, observo el mismo fenómeno: descienden los del segundo grupo, entre risotadas y empujones y sube otro grupo que se dirige también a bailar al pueblo de la próxima parada. Interpelo a los muchachos.

—Por lo que veo —digo—, van ustedes a bailar al pueblo de al lado.

—Sí, señor. Vamos a bailar al pueblo de al lado.

—Y eso, ¿por qué lo hacen ustedes? ¿Es que las chicas de su pueblo no son apetitosas? ¿Es que la orquesta del pueblo donde van ustedes a bailar es más impelente y excitante? ¿Es que podrán ustedes disponer de una sala mejor presentada?

—Las orquestas en invierno —contesta uno de ellos— en todas partes son malas. Los músicos soplan poco. Tienen miedo a resfriarse, las orquestas son como las sandías: cosa de verano...

Y me dicen otras cosas por el estilo.

Y yo pienso: el número de personas que tiene tendencia a ir a bailar al pueblo de al lado es considerable. Física o imaginativamente, todo el mundo tiende a bailar en un terreno que no es el propio terreno. Sin embargo, una de las más provechosas máximas de Goethe es esta: la felicidad es la limitación; ser

feliz consiste en limitarse⁵. Pero el hombre raramente se limita; aspira siempre a tener más. Según los poetas elegíacos antiguos, esta tendencia humana a la ilimitación es debida a que el hombre es un animal melancólico y triste⁶, dominado constantemente por el tedio: de aquí que el hombre sea por afán de cambiar —para matar el tiempo— un constante destructor de su propia obra y de su propia vida. Porque a más querer más tristeza, a más deseo más dolor, a más posesión más destrucción. Mucho más triste que bailar en el propio pueblo es bailar en el pueblo de al lado. Estos inquietos jóvenes del autobús —me digo— cuando regresen esta noche a sus casas, estarán más tristes que si no se hubieran movido de ellas y hubieran bailado al son de sus propios músicos. En vista de todo esto, siento un momento la tentación de pronunciar un pequeño discurso de tonos francamente quietistas sobre el tema: todo movimiento produce dolor⁷. Pero me contengo porque la experiencia me ha demostrado —lo que no deja de tener bastante gracia— que del quietismo no quieren oír hablar más que las personas ya previamente aquietadas, sosegadas e inmóviles.

Mientras tanto, el autobús, dando resoplidos, va transitando por montes y por valles. En Palamós, suben unos ciudadanos. Se sientan como pueden y después de haberse sentado encienden unos puros autárquicos. Y yo pienso: en Palamós, esta semana, la Subalterna⁸ ha dado farias. En Calonge, suben otros ciudadanos, los cuales lían y encienden

⁵ Entre otras reflexiones parecidas, Goethe anota en sus *Diarios* el 8 de febrero de 1778: «Limitarse es extenderse».

⁶ Probable alusión a Séneca (4 a.C.-65 d.C.), el autor que más influyó en algunas de las lecturas predilectas de Pla además de Montaigne o Burton.

⁷ En el artículo «Los puros», publicado en *Destino* el 27 de abril de 1940, Pla atribuía esta frase a Erasmo: «Estaba convencido de que todo movimiento produce dolor, que toda revolución es una implacable trituration de los más altos valores de la vida».

⁸ Se refiere a la Administración Subalterna de la Compañía Arrendataria de Tabacos, que en los tiempos de racionamiento de después de la guerra distribuía y racionaba el consumo y la venta de tabaco.

unos cigarrillos. En Calonge —digo—, la Subalterna ha dado cigarrillos superiores al cuadrado. En el pueblo de más allá veo salir unas volutas de humo azulado y dulzón de unos amarillentos cigarrillos de hebra. Ya apareció la hebra. ¡Ay, estas hebras oscuras, cuánto nos harán sufrir! —repito con el cariñoso poeta andaluz⁹—. En el pueblo siguiente, los viajeros recién llegados sacan el librillo de fumar y producen unos cigarrillos con unas motas negruzcas. En ese pueblo —pienso—, la saca ha sido de picado entrefino... Y así sucesivamente van entrando en forma de humo por mi nariz todas las labores de la Arrendataria, tan diversas. Humo de hoja, de pipa, de picadura... Y todo tan fino, entrefino, prefino, subfino, superfino y extrafino. ¡Ah! Y el papel trigo...

De pronto, se ve caer la cabeza de una señorita sobre su hombro izquierdo. Sin duda, le ha dado un vahído. Se produce un silencio en el autobús. En la suave tez de la señorita, va apareciendo un tornasolado entrefinísimo albor entre salmón y marfileño; su frente se perlea de grandes gotas de rocío. Imagino la delicada poesía que ante un fenómeno de esta naturaleza hubiera producido un poeta romántico.

—A veces, todo es cuestión de la faja... —oigo decir a uno.

—¿Qué quiere usted que le diga...? Eso suele generalmente suceder cuando se ve un pollo o unas gallinas a lo lejos y uno se da cuenta de que son inasequibles, de que es imposible coincidir con ellas. Se siente entonces, en el corazón, un gran vacío. Yo tengo experiencia... —dice otro viajero muy delgado, los ojos un poco hundidos, con un cierto aire de suficiencia.

—Se cometen tantas imprudencias... —añade, con la tremenda seriedad a que obliga una posición social sólidamente establecida, un tercer viajero.

⁹ Se trata, quizás, de una velada referencia a los versos finales de la *Rima* LVI de Gustavo Adolfo Bécquer: «¡Ay, a veces me acuerdo suspirando / del antiguo sufrir! / ¡Amargo es el dolor; / pero siquiera padecer es vivir!».

Me viene a la memoria lo que escribió el viejo Burton en su curiosísimo libro titulado *Anatomía de la melancolía*, sobre el tabaco. «Tabaco divino, raro, excelentísimo tabaco, superior a toda posible panacea, oro potable, piedra filosofal, remedio soberano a toda clase de pesares...»¹⁰. Frente a la señorita desmayada, pienso que el tabaco ha perdido sus virtudes o que, quizá, Burton era un humorista.

Ante el vahído, el movimiento de suspensión es total. A nadie se le ocurre nada. Ni abrir el cristal inmediato, ni apagar farías, pipas, hebras o picados. En el fondo, ¡qué bien estamos todos en el autobús, discurriendo por montes y valles a una velocidad prudente, arrojados en el humo de las labores variadas y finolis! En el fondo —incluso, quizá, la señorita—, vamos todos, quién más, quién menos, a bailar al pueblo de al lado, y si fuera posible percibirla, se vería una pequeña llama de ilusión en el fondo de nuestros ojos indiferentes. Mientras tanto, el autobús avanza, jadeante, feísimo, siniestro...

VIAJAR, MAL ASUNTO

El desmayo de la viajera del autobús me hace pensar, sin embargo, en la manera cómo se viaja en los presentes días. ¡Qué mal viajamos, Dios mío, la pobre gente!

Antes, en la época de mi juventud, existía un contraste muy acusado entre el viajero y el hombre sedentario. El viajero iba de acá para allá, de pueblo en pueblo y de casino en casino; pasaba de un lugar a otro, si no como pluma al viento, al menos con bastante comodidad. El hombre sedentario consideraba que el viajero era un tipo feliz. El via-

¹⁰ Robert Burton, *Anatomía de la melancolía* (1621). El ejemplar que Pla poseía en su biblioteca es la traducción de Antonio Portnoy de una selección publicada por Espasa Calpe en Buenos Aires en 1947 (Fundación Josep Pla, Palafrugell).

jero se evadía, se esfumaba, aparecía, volvía a desaparecer y todos esos movimientos hacían el efecto de liquidaciones agradables de los asuntos que el azar iba tejiéndole en el curso de la vida. El viajero tuvo siempre prestigio literario —los italianos crearon la figura del *passseggero*—, y en los países dominados por la envidia —que sospecho son casi todos— el sedentario envidió al viajero. El sedentario no puede evadirse. Está permanentemente atado a sus minúsculos problemas. Vive aprisionado en sus obsesiones y en sus quehaceres. No tiene tiempo. Su única salida es el sueño.

—¿Sueña usted mucho, amigo? —he preguntado a veces a personas establecidas, estables en un punto determinado de la corteza de la tierra.

—Sí, señor. Generalmente, sueño que soy rico. Luego, me despierto cubierto de sudor. Y resulto tan pobre como en el momento de conciliar el sueño. Sueño también que viajo por la tierra. ¡Desagradables sueños! Cuando llega la hora de empezar el trabajo, parece que me quitan un peso de encima...

El sedentario sueña. El viajero vive, o mejor dicho, se suponía antes que vivía en un estado de dispersión, de variedad y, en definitiva, de aérea ligereza. Todo en su desplazamiento era agradable: las caras nuevas, los roces superficiales, los paisajes distintos. ¡Qué buena y divertida vida! ¡Cuánta envidia producía el pasajero!

Pero ahora las cosas parecen haber cambiado bastante. Hoy, los viajeros son, más que nada, compadecidos. Se viaja puramente por necesidad. La sola idea de tener que desplazarse produce desasosiego. Los únicos seres que se entusiasman cuando ven pasar algo en movimiento son los chiquillos de corta edad, a partir de los niños de teta. Cuando ven pasar un auto se quedan mirando, pasmados, el cacharro, y levantan los brazos con un entusiasmo incontenible. Cuando oyen silbar una lejana locomotora, vuelven la cabeza y paran la oreja. Si les suben a un vehículo cualquiera, sobre todo si tiene motor, se muestran contentos y satisfe-

chos. El motor de explosión es una de las delicias más evidentes del género humano. Es, sobre todo, el encanto máximo de las criaturas de nuestra época. Los niños, cuando viajan en taxi, se convierten en seres impertinentes. Miran a los peatones casi con desprecio. Es verdaderamente curiosa la capacidad de adaptación que tienen las criaturas a todas las formas del progreso.

Excepto unos cuantos magnates que viajan en el avión, el resto de la humanidad se desplaza en nuestros días con mucha más lentitud que treinta o treinta y cinco años atrás. Cada día se baten los llamados récords de velocidad en sus diversos aspectos, pero ir en tren de Barcelona a Gerona o de Barcelona a Madrid, se ha convertido en un fenomenal problema. Lograr ser admitido en uno de esos convoyes tiene muchos pelendengues. Hay pocos trenes y, en general, son muy lentos. Las clases de asentamiento a que uno puede aspirar son, en general, mugrientas. Viaja muchísima gente. Parece que en un sistema dominado por el más universal de los paternalismos, la gente podría quedarse en casa tranquilamente con la sensación de tenerlo todo resuelto. Pero no es así, y la gente va de una parte a otra con el buche lleno de sugerencias —yo sospecho— para mejorar el sistema. Jamás existió en el país, jamás pudieron encontrarse a lo largo de los caminos de hierro del país, tantos arbitristas, tantas personas interesadas en llenar nuestra vida de felicidad completa. Por el momento, la obturación que su incesante actividad produce convierte el viajar en un tormento.

Y luego están las carreteras. En su estado, reina la más completa de las diversidades. Las de primer orden están bien sin duda, para dar la oportunidad a las personas de primer orden a viajar cómodamente por ellas. Las de segundo orden están en el estado que su nombre indica, así como las de tercero. Uno transita por ellas en un coche cualquiera —de suspensión generosa o de suspensión avara— y uno va saltando en el asiento como botella vacía en

el oleaje del mar, con el riesgo constante de dar con el cuero cabelludo en la techumbre del vehículo. Luego están los neumáticos —quiero decir la falta de ellos—, lo que hace que, si a uno se le ocurre tomar un autobús, viaje con el alma en un hilo, esperando el reventón de cada día, indefectible.

—¡Bueno, ya está, ya hemos reventado otra vez! —oigo decir al chófer del carro voluminoso.

—¿Podremos enlazar con el tren? —preguntan los viajeros, más muertos que vivos.

¡Enlazar! He aquí una palabra que se va vaciando cada día de sentido. ¡Enlazar! —menudo problema—. El desenlace del enlace ha sido este desenlace. Otra palabreja que no tiene sentido alguno en nuestra época es la palabra urgente. Las restricciones eléctricas han acabado por deshinchar el neuma de la urgencia.

—Tengo que verte urgentemente... —oigo que dice un señor a otro señor.

—Venga a verme al despacho dentro de tres o cuatro días, cuando el ascensor funcione. Entonces el asunto será un poco más urgente.

La urgencia, como la prisa, como la premura, son cosas absolutamente desprovistas de sentido. En lo único que hay una prisa notoria es en aumentar los precios.

El viajar ha pasado a convertirse, pues, de raíz de la felicidad en una obligación penosa y desagradabilísima. El viajero es considerado hoy un infeliz, una especie de botarate de menor cuantía que va dando tumbos por el mundo porque no tiene más remedio. Al viajero de hoy, se le concede, desde luego, una indudable fuerza física, no solo por lo que hace referencia al empuje indispensable para asaltar un tren o un autobús, sino para organizar una buena defensiva destinada al mantenimiento de las posiciones adquiridas. Se le presumen, además, unas tales dotes para el ejercicio de la paciencia y de la mansedumbre, que uno sospecha si no las tendrá rayanas en la bobaliconería. ¡Cómo han cambiado las cosas y

los tiempos! Ahora, los sedentarios contemplan compasivamente a los viajeros y les dicen con una punta de ironía:

—¿Se marcha usted? ¡Cómo le compadecemos!

Ahora, los que sueñan son los viajeros. Uno de ellos me decía, mohíno y apesadumbrado, que soñaba en la llegada a un pueblo remotísimo, totalmente incomunicado, situado a horas y horas de marcha del lugar más próximo a lo que los sociólogos llaman el sistema nervioso de un país, que no es más que el sistema de los transportes en común, para decirlo con la vulgar exactitud debida. Pero —añadía—, al despertarme cubierto de sudor, oigo el ruido de chatarra que en la puerta de la fonda del pueblo remotísimo desarrolla un autobús al emprender el «servicio».

Ahora, los sedentarios viven —modestamente, desde luego—, y los viajeros sueñan, en cambio, las cosas vulgares que soñaban antes las personas establecidas. Ya no se concibe el viaje —por más fértil que sea la esperanza— como una evasión. Viajar continúa siendo, esencialmente, el cambio de aires que siempre fue, pero para lograr cambiar de aires hoy se requieren condiciones excepcionales de perspicacia y de fuerza. Llegará un momento que viajar será una actividad profesional como el ejercicio de la Veterinaria o la elaboración de artículos en el papel de la Prensa. Los profesionales no suelen, como tales, ser risueños. Son seres afectados por la pesadumbre de sus ejercicios gimnásticos. Los profesionales no pueden tener el candor de los predestinados a víctimas.

En los periódicos, desde luego, se irán batiendo todos los récords de la prisa, de la velocidad y de la mecánica de fantasía. ¡Ay, Dios mío! Llegará un momento que cuando estas criaturas que paran ya la oreja al silbato lejano conozcan las delicias del viajar, la visión de una locomotora —o de un autobús— les producirá, como a mí, un cierto vacío en el estómago. Pero hemos de esperar que durante los dos o tres decenios necesarios para que los actuales niños de teta sientan algún vacío, las cosas se habrán arreglado al menos un poquito.

EL MAESTRO GARRETA

Llegamos a San Feliu de Guíxols. Ahora la parada de los autobuses está un poco más al fondo de la Rambla Vidal. Antes, la agencia estaba situada exactamente delante de la relojería de Garreta, de la relojería que el maestro Garreta tenía en dicha calle. Cuando, siendo estudiante, iba o venía yo de Barcelona, por esta línea, veía a don Julio¹¹ detrás del escaparate, sentado ante una mesa llena de estos pequeños, minúsculos, graciosos objetos que manejan los relojeros. Garreta tenía puesta la lupa en el ojo y con unas pinzas reconstruía las maquinillas. El sol entraba a raudales por el cristal y a veces una ruedecilla dorada sacaba un levísimo destello. Dos o tres altos relojes de caja, adosados a las paredes, parecían contemplar absortos la paciente meticulosidad del relojero.

Garreta era un hombre pequeño, tirando a gordo, muy blanco de piel, de ojos azules melancólicos, nariz importante, con la raya al lado peinada impecablemente. Con sus camisas de cuello alto —no llevaba corbata casi nunca—, su redondeado abdomen, sus piernas pequeñas, la modestia general de su porte, era el tipo perfecto del buen artesano de otros tiempos. Daba la impresión de ser un hombre absolutamente sosegado y tranquilo, pero le denunciaba la mirada suspensa en vaguedad y ensueño, la boca muy ávida y sensual y un dejo fatigado y escéptico en todo su cuerpo.

Cuando, en época ya muy lejana, iba yo a las fiestas mayores, trabé amistad con Garreta. Cada año, en San Feliu, por la fiesta, los últimos en acostarnos solíamos ser el maes-

¹¹ Pla sintió siempre una gran admiración por la figura y las composiciones del músico Juli Garreta Arboix (Sant Feliu de Guíxols, 1875-1925), ampliamente reconocido por ser el modernizador y popularizador de la sardana, compositor autodidacta que recibió el elogio de Stravinsky.

tro y yo. Nos topábamos, indefectiblemente, en la madrugada en el último café abierto y allí tomábamos el último veneno y encendíamos el último puro de quince céntimos. Nos sentábamos luego en una silla del paseo del mar, que en aquella hora aparecía solitario e incierto. Un enorme entoldado, flácido y mortecino, situado sobre la playa, tocado por la luz del amanecer, parecía la grupa de un elefante de guardarrope. A levante, el cielo era morado; a poniente, nacía un verde angélico; la luz tenía una suavidad mate, benigna; el mar, rizado por el viento de tierra, fresco y vivo, mantenía entre dos luces su misterio. Flotaba en el aire la melancolía exquisita y acerba de la bengala quemada, de la fiesta extinguida. Degustarla era casi un morboso placer, y Garreta era capaz de pasarse un par de horas en silencio, sentado en un banco, mirando con los ojos un poco entornados cómo iba amaneciendo. Pero esto era raro porque lo que más le gustaba era hablar, hablar con calma de cualquier vulgaridad, de las cosas más insignificantes, inacabablemente.

Cuando el autobús llegaba a la agencia, Garreta se sacaba del ojo el tubo de la lupa, se abrochaba los botones del chaleco y, abandonando sus labores de relojero, salía al dintel de su tienda. Con las manos en los bolsillos del pantalón, contemplaba, notoriamente complacido, cómo la gente subía o bajaba del coche, cómo descendían o izaban las maletas. Daba la impresión de un hombre que trataba de salirse de sí mismo, de evadirse, de huir de sus fantasmas y de sus sueños. Cualquier cosa le servía de pretexto para pasar el tiempo; era servicial para distraerse de sus pensamientos. Casi todos los hombres que tratan de evadirse de sí mismos suelen ser simpáticos. Son simpáticos por necesidad. «El modesto, el simpático relojero de San Feliu...» —decían los periódicos hablando de Garreta. Y era cierto.

—En el fondo —me dijo un día en tono confidencial—, en el fondo, si no hubiera sido por la relojería, mi vida hubiera sido muy triste.

—No le comprendo a usted —hube de decirle.

—Sí. La música, en estado de gestación interna, se me presenta a mí como un fluir muy vago, muy deforme, como un mundo impreciso. Sacar de esta vaguedad tan inaferrable¹² una línea melódica, una forma sinfónica, es un trabajo superior a mis fuerzas. Este esfuerzo me produce como un agotamiento físico... Los relojes, en cambio, tan concretos, con sus piececillas de precisión tan finas, tan exactas, tan divinamente dibujadas, han sido para mí un refugio, un descanso en mi forcejeo de la música.

—Mientras va disecando relojes pensará usted en su música...

—Claro está.

—¿Y los relojes van a la hora, le salen bien?

—Naturalmente.

—Perfecto. La explicación que me acaba usted de dar, amigo Garreta, es muy clara y muy humana.

—Pues esta ha sido toda mi vida.

Garreta fue un producto típico del Ampurdán. No hizo ningún estudio musical coherente y serio. Tuvo que inventar todos sus medios expresivos, descubrir, a tientas, la técnica. El considerable esfuerzo que tuvo que hacer para superar el infantil tartamudeo comarcal ampurdanés me parece absolutamente respetable. Durante mucho tiempo, tocó en las orquestas de sardanas que hacían bolos por los pueblos. Yo le había visto en los tablados de las poblaciones, en mangas de camisa, con un pequeño triángulo de pañuelo sobre la espalda, hinchadas las mejillas de viento, como un ángel barroco. Tocaba el fiscorno en las sardanas y el violín en saraos y oficios divinos. ¡Aquellas misas mayores en las que alternaban los explosivos y el almíbar...!

Sin embargo, en San Feliu se había formado, mientras tanto, y por razones que sería muy largo explicar, un am-

¹² Cabe destacar que este término, uno de los adjetivos más usados por Pla, en el sentido de *inaprensible* o *escurridizo*, no figura en los diccionarios.

biente musical correcto, perfectamente distinguido. Garreta se acercó a él. Oyó excelente música; formó parte de diversas formaciones íntimas. Tuvo que aprender tarde en la vida conocimientos que muchas veces los muchachos aprenden en las escuelas. Pero su marcha fue, desde ahora, ascendente. Aquí está su obra, que la muerte truncó en pleno movimiento.

Cuando las coblas tocaron las primeras sardanas de Garreta, el popularismo ampurdanés se levantó en vilo. Protestas por doquier. Unos decían que aquellas eran sardanas de concierto y que no podían ser bailadas. ¡Otros que eran wagnerianas! La gente tenía callos en los oídos. Las sardanas que se elaboraban entonces utilizaban los motivos de las zarzuelas y de los cuplés. Música sobadísima. El sentimentalismo sollozante de Ventura, el blanco de sus ojos parpadeantes, se había ido perdiendo en la lejanía del tiempo. La decadencia era completa. El primer gesto de enderezamiento vino del maestro Cotó. Algunas, pocas, personas han hablado de Cotó con gran respeto y cariño. La música de Cotó tiene poca vida; en cambio sus consejos tuvieron un gran valor normativo. Garreta, que consideraba a Cotó como su maestro, apareció al fin, con su enorme alegría, como un cachorro de león sonriente: su música era meridiana, solar, saturada de exaltación y de placer. ¡Qué brillante delicia! Las viejas plazas de los pueblos de mi país, morenas y doradas por el sol de los siglos, resplandecieron de pasión dionisiaca. Con su sardana *Juny*, Garreta se puso al frente del Ampurdán y le seguimos todos, hombres, mujeres y niños. Fue un momento de maravilla, un grito estupendo de alegría.

La sardana se ha popularizado por doquier y más se populariza todavía, pero continúa siendo una música profundamente ampurdanesa. En la vida, puede existir una tendencia a las soluciones dialécticas y una tendencia a las soluciones musicales. Y tan agradable y satisfactoria puede ser una solución dialéctica como una solución musical. Entre una y otra

de estas soluciones cabe escoger. Lo que quiero decir es que, en contraste con la ferocidad dialéctica del resto del país catalán, el ampurdanés va a las soluciones musicales casi indefectiblemente. Al catalán, le gusta tener razón. La razón del ampurdanés suele ser casi siempre el placer.

La sardana, tal como se baila en el Ampurdán, es el placer mismo. Es lo más cercano a la definición clásica del placer. Es la entrada en lo inconsciente que toda danza implica, controlada ahora por una numeración, es decir, por una presencia constante de la lucidez de los números. La manifestación más luminosa de la consciencia no es quizá pensar, ni siquiera recordar, sino contar. Contar es comprender. Esta es la clave de la lucidez del poeta. Numerar el bramido interno, sordo y terrible del mundo, esto es la música.

Yo ya no bailo sardanas. Pero me gusta verlas bailar. Los dos pueblos en que bailan mejor son La Escala y San Pedro Pescador. He observado a veces la cara inmensa de satisfacción, de intenso placer que tiene un hombre o una mujer con los brazos en alto, los pies entregados al juego de la música, el cuerpo fajado, arropado en una forma terrestre de movimiento musical. El placer proviene de las entradas y salidas en la inconsciencia que tienen estos pasos de danza. El frenesí ordenado es la voluptuosidad. Uno se abandona casi a una caída deliciosa y luego, de un tirón, retorna a la verticalidad. En este juego de cabezadas entre el balbuceo y la lucidez está, para los ampurdaneses, el fondo placentero, embriagante, un poco rijoso de la sardana.

Garreta —como nadie— nos ha hecho comprender estas cosas tan íntimamente ligadas a nuestra sensibilidad. Con su música, ha contribuido a que nos diéramos cuenta de cómo estamos hechos por dentro.

Cada vez que paso en el autobús por San Feliu de Guíxols, miro, casi instintivamente, hacia donde tuvo Garreta su tienda de relojería. Si la parada es muy larga, me llevo hasta ella. Pero todo ha desaparecido. Hace ya mucho tiempo que Garreta ha muerto.